

VIDA DE SAN RUPERTO, DUQUE DE BINGA EN LA DIÓCESIS DE MAGUNCIA, ESCRITA POR SANTA HILDEGARDA ABADESA.

[NOTA.]

Bingium, o Binga, antiguamente también llamada Pingia, es una ciudad de Alemania a orillas del Rin, donde este recibe al río Nahe, situada a cuatro leguas por debajo de Maguncia, a cuyo capítulo metropolitano ha estado sujeta durante casi doscientos años. Sus alrededores, conocidos como Nachgouwe o comarca del Nahe, son descritos extensamente por Marquard Freher en la parte II de las Orígenes Palatinas, capítulo 11. El duque de esta región fue en tiempos antiguos San Ruperto, también llamado por algunos Roberto o Roperto. Según Freher, "el nombre de Ruperto, como si fuera un gentilicio de algún santo, fue especialmente apreciado por muchos de los palatinos (pues se cuentan diez Ruperto en esta familia)." Aún vive un Ruperto, hermano del conde palatino del Rin. La vida de este Santo fue escrita por Santa Hildegarda, abadesa, quien, como menciona Tritermio en el Crónica de Spanheim en el año 1148, "establecida en el monte de San Disibodo, fue divinamente advertida y, junto con dieciocho santas vírgenes, se trasladó a Binga, donde construyó un monasterio en el monte al otro lado del río Nahe, junto a la tumba de San Ruperto, duque y confesor." Tritermio añade en el Crónica de Hirsau en el año 1150 que "construyó un cenobio para las santas vírgenes en el lugar donde San Ruperto, duque, junto con su madre, Bertha, una santa mujer, tuvo un castillo y residencia en tiempos del emperador Luis el Piadoso." Tritermio, en su libro De los escritores eclesiásticos, enumera las obras escritas por Santa Hildegarda, entre ellas la Vida de San Ruperto confesor, que comienza con "Pues en una verdadera visión," aunque le faltan tres o cuatro líneas precedentes.

2. Esta Vida fue publicada a partir de un manuscrito de la biblioteca de la Sociedad de Jesús de Maguncia por Juan Busaeus, de la misma Sociedad, junto con las cartas de Hincmaro, arzobispo de Reims, y las Constituciones de Carlomagno, en Maguncia en el año 1602. La misma Vida fue reimpresa por Nicolás Serrarius en el libro II de las Cosas de Maguncia, capítulo 25. La presentamos aquí ilustrada a nuestro modo. Santa Hildegarda es celebrada el 27 de septiembre, inscrita en el Martirologio Romano: tenemos sus Visiones tal como las vimos en su monasterio de Binga, escritas de su propia mano y divididas en tres libros, publicadas en París en 1513 y reimpresas en Colonia en 1628, de las cuales con razón está ausente la profecía falsamente atribuida a su nombre contra las órdenes mendicantes de los Predicadores y Menores, y recientemente calumniada contra nuestra Sociedad, sobre la cual hablamos en la Vida de Santo Tomás de Aquino el 7 de marzo en las notas al capítulo 4. Encontramos también la Vida de San Ruperto, aunque abreviada, en un manuscrito de la Iglesia de San Salvador de Utrecht y en un manuscrito del monasterio de Rubea Vallis de los Canónigos Regulares cerca de Bruselas, que fue traducida al alemán por Jacob Kobelius, secretario de la ciudad de Oppenheim, y publicada en Oppenheim en 1524 adornada con magníficas imágenes.

3. La sagrada memoria de San Ruperto confesor, conde Palatino, está inscrita el 15 de mayo con estas palabras en el manuscrito Florario de los Santos. Pero Roperto, "duque Palatino del Rin y confesor," es llamado así por Greven, cartujo de Colonia, en el Auctario de Usuardo, impreso bajo la nota de los años 1515 y 1521, y por Canisio en el Martirologio Germánico, así como por Molano en las Adiciones a Usuardo, quien añade "En Binga." Ferrario en el Catálogo general dice: "En Binga, en la Alta Alemania, San Roberto, conde." Así también lo llama Roberto Saussay en el Martirologio Galicano, quien añade un largo elogio de la Vida. Gelenius en los Fastos Agripinos escribe entre otras cosas: "En la antigua Binga... descansa San Ruperto, duque de Lorena y conde palatino, de cuyas reliquias trasladadas a Colonia en

1632, un hueso de la mano, en la capilla de Santa Margarita, otorga beneficios de salud recuperada a los febriles." Parece que ahora las reliquias de Santa Hildegarda, así como las de San Ruperto, fueron trasladadas a Colonia debido a las guerras suecas. Pues en 1624 se celebró una solemne procesión en Colonia para ganar el Jubileo en el día de Pentecostés, en la cual, además de las reliquias de las iglesias de Colonia, se llevaron el corazón aún intacto y la lengua de Santa Hildegarda, así como la cabeza de San Ruperto, aún casi completamente cubierta de carne, como escribió entonces Francisco vander Veken a Amberes. Nosotros en 1660 estuvimos en el mismo monasterio de Santa Hildegarda, y entre sus reliquias veneramos su corazón aún intacto.

4. El mencionado Serrarius en el capítulo 36 afirma haber visto las reliquias de San Ruperto en el mismo monasterio de vírgenes cuando escribió en 1604 y añade: "El cuerpo, aunque disuelto, está aún casi cubierto de piel, especialmente los pies, uno de los cuales está contenido en un zapato de plata allí; se dice que el cardenal Alberto, quien fue arzobispo de Maguncia desde 1514 hasta 1545, tomó el otro pie del zapato que queda y lo envió a otro lugar." Sin embargo, cuando San Bernardo visitó aquel monasterio, como escribe Tritemio en el Crónica de Hirsau en el año 1148, Santa Hildegarda, a petición del hombre de Dios, le dio una partícula de las reliquias de San Ruperto, duque de Binga y confesor, por las cuales él más tarde le envió algunas cabezas de santos. Esto ocurrió en el monte de San Ruperto en presencia del conde Meginhardo de Spanheim, bajo cuya jurisdicción temporal se construyó el mencionado cenobio... Estaban presentes allí con el conde el abad Cuno de San Disibodo y Bernhelmo, primer abad en Spanheim, junto con muchos otros clérigos, monjes y seglares. Allí entonces el mencionado abad Bernhelmo, a través de San Bernardo, a petición suya y del conde Meginhardo, obtuvo de Santa Hildegarda y toda su congregación de santas vírgenes la pierna derecha desde la rodilla hasta el pie, excluyendo el pie, del cuerpo de San Ruperto, duque, íntegra con piel y carne, y la introdujo con gran reverencia y honor en su monasterio de Spanheim, donde la conservamos íntegra hasta el día de hoy. Esto dice Tritemio, quien relata lo mismo de manera algo más breve en el Crónica de Spanheim, pero en el año 1150.

5. El oficio eclesiástico de este Santo se recita bajo el rito doble en el colegio de la Sociedad de Jesús en Múnich, debido a las sagradas reliquias del mismo que allí se conservan, a saber, una espina dorsal o gran parte de la misma de once pulgadas, y otro hueso de 13 pulgadas. Otra lectura allí dice: "De la espina dorsal, un hueso con carne de once pulgadas." Así nos escribió el 5 de junio de 1674 Simón Mair, sacerdote de la Sociedad de Jesús y entonces prefecto de la Iglesia en Múnich, pero más tarde su sucesor Máximo Ponzen nos envió un testimonio auténtico de varias reliquias obtenidas de este Santo, y otras de Santa Hildegarda, e incluso de Bertha, su madre, y de Santa Satyria, virgen y mártir, trasladadas a Baviera; de las cuales se dieron a la Sociedad en Múnich las reliquias antes indicadas. Damos el testimonio completo después de la misma Vida. En todo esto reconocemos el singular beneficio del muy Reverendo Padre Cristóforo Scorrer, quien nos apoyó con toda humanidad en Roma como Asistente de Alemania y vicario general, y promovió nuestros estudios tanto allí como en Baviera y la Alta Alemania, que también gobernó como provincial y visitador, así como en varias ocasiones el colegio de Múnich.

6. Parece aquí necesario añadir la memoria de Bertha, madre de San Ruperto, ya que en la Vida, de la misma manera que Roberto es llamado Beato, así Bertha siempre es llamada Beata, quien está depositada en la tumba de su hijo y junto con "sus reliquias y las de San Ruperto descansan" y en el documento también se le honra con el título de Santa al igual que a su hijo, y dos huesos de Santa Bertha, su madre, fueron trasladados con otras reliquias: Tritemio la llama "santa mujer" y en la Vida en alemán de su hijo, al igual que él, está

representada con rayos desde el año 1524. Finalmente, Arthur du Monstier en el Gynaeece sacro también celebra a Santa Bertha con el debido elogio en este día.

COMIENZA LA VIDA.

CAPÍTULO PRIMERO. Matrimonio y viudez de la Beata Bertha. Pía infancia de San Ruperto: afecto hacia los pobres.

1. Dios llenó completamente de su gracia al Beato Roberto en su infancia y lo condujo a un buen fin; quien, ilustre por su linaje y riquezas mundanas, por la liberalidad de la bendición de Dios, fue querido por Dios. Pues, como veo en una verdadera visión, nuestro beato patrón Roberto, huérfano de su padre, viviendo con su madre en este lugar, y dedicándose a las buenas obras, sirviendo a Dios en castidad, humildad y santidad, obtuvo las recompensas eternas con las cosas caducas y temporales. Pues como la luz viviente me mostró en una verdadera visión y me enseñó, así hablaré de él. Dondequiera que hubo una opinión de verdadera santidad, allí la santidad pudo permanecer y durar mucho tiempo; pero donde no hubo verdadera santidad, allí la mentira no pudo durar mucho tiempo. En el beato Roberto hubo verdadera santidad, como la divina majestad mostró claramente cuando me trasladó, junto con algunas hermanas, al lugar de sus reliquias por un gran milagro de grandes visiones, como aparece a todos los que lo ven y quieren saberlo.

2. El padre de la madre del Beato Roberto, originario de Lorena, fue príncipe allí, y poseía una gran extensión de tierras y riquezas en la región de su nacimiento y en otras regiones circundantes, y alrededor de las aguas del Rin en Binga, siendo considerado grande y renombrado entre los príncipes del mundo. Quien, siendo verdaderamente católico, brilló en los tiempos del emperador Carlomagno; y se casó con una joven, madre de la beata Bertha, nacida en grandes riquezas de regiones lejanas. De ella tuvo una hija, madre del beato Roberto, a quien, ya adulta, asoció solemnemente en matrimonio con un pagano y tirano, aunque noble y duque según la dignidad del mundo, llamado Roboldo, cuando aún los paganos y cristianos convivían debido a los rudimentos de la verdadera fe, y le otorgó como dote las tierras que poseía alrededor del Rin en Binga, para que, debido a la elegancia de su linaje y a la amplitud de sus tierras, Roboldo pudiera ser inducido a aceptar el nombre cristiano: lo cual, sin embargo, no sirvió de nada. Quien, después de haber vivido con ella laudablemente por algún tiempo, viendo luego sus honestas costumbres, se molestó gravemente; y uniéndose a otras mujeres, no la abandonó en el modo del matrimonio, pero llevando la tiranía de una mente incrédula, no amó el bautismo. Por lo cual esta beata mujer se angustiaba mucho en su corazón, prometiendo a Dios que si se liberaba de él, no se uniría al lecho de otro hombre: y por esto, ofreciendo a Dios el sacrificio de alabanza con suspiros, lágrimas, oraciones y limosnas, decía: "¡Oh! ¡Oh! ¿Cuándo seré liberada de la ocupación de este mundo, que es una amarga prisión para mi alma y mi cuerpo?" Hablemos más de la benevolencia de la beata Bertha que de su santidad, para que haya gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lucas II, 14). Pues ella finalmente concibió y dio a luz un hijo, y si se me permite decirlo, lo envolvió en pañales, como la beata Madre de Dios María a su hijo. Su padre, floreciente en gran gloria mundana, como se ha dicho, tenía un castillo muy fortificado en aquel monte llamado Lubun, y poseía el ducado de toda aquella provincia, casi hasta la ciudad de Maguncia. Cuando el beato niño Roberto tenía tres años, su padre, luchando en grandes batallas contra los cristianos, fue muerto ante Dios y los hombres, y la beata Bertha, su esposa, quedó viuda.

3. Viéndose liberada del vínculo del marido y de la preocupación del mundo, abandonó el mencionado castillo y se trasladó a otro lugar, situado sobre el Nahe (donde ahora descansan

sus reliquias y las del beato Roberto), y allí construyó una iglesia. También desechó la preciosidad y claridad de sus vestiduras, y ya no atendió a la dignidad de su linaje y sus riquezas; sino que, vestida con un atuendo humilde y tosco como un saco, y ceñida con un cinturón, desde entonces sirvió devotamente a Dios en la continencia de la viudez, como había deseado durante mucho tiempo. También reunió a muchos hombres perfectos y otros buenos a su alrededor, y permaneció en el mencionado lugar; allí, mortificándose con vigiliass y ayunos, sirviendo a Dios diariamente con oraciones y limosnas, fortaleció a su hijo con buen ejemplo en la santidad; pues temía que por sus parientes y amigos fuera movido hacia el placer del mundo; y para que esto no sucediera, día y noche lo encomendaba a Dios. Sin embargo, muchos tiranos, tanto adoradores de Cristo como servidores de ídolos, la acosaban mientras tanto, y tanto por la elegancia de su linaje y cuerpo como por sus riquezas y tierras, deseaban unirse a ella en matrimonio. Ella, sin embargo, los rechazaba a todos con un solo ánimo y una sola voluntad, y se esforzaba por agradar solo a Dios, y trabajaba por educar a su hijo más para la gloria de Dios que para el honor del mundo. En él, al ver surgir buenas virtudes con la esperanza de la vida celestial, y al observar que su ánimo estaba más inclinado a lo eterno que a lo caduco, se alegraba de los muchos dones del Espíritu Santo que veía en él.

4. Pues el mismo beato Roberto, cuando era niño y lactante, no tuvo las costumbres de malicia de un niño, llorando o enojándose; y al ser destetado en su infancia, en sus costumbres, fue como un hombre que con la más diligente intención anhelara a Dios: por lo cual su padre, teniéndolo en odio, muchas veces afirmaba que se volvería tonto y necio, mientras vivía. Pero aquellos que adoraban a Dios con buena y recta fe, al ver a este niño tan benevolente en su infancia, lo amaban mucho, y aunque por ignorancia, decían verdaderamente que sería beato en el futuro. Pues el Espíritu Santo, que llenó de su gracia al patriarca Jacob en el vientre de su madre, también inspiró a este niño; porque Dios a menudo hace sus milagros incluso en aquellos que, debido a la blandura de sus venas y médulas, aún no tienen pleno conocimiento. En la plena bendición de la tierra fructífera, es decir, de la benevolencia, Dios amó a Jacob antes de que naciera, y en la misma inspiración visitó al beato Roberto en su infancia. Pues Dios previó que la tierra sensible de este niño desearía anhelar a Dios; y porque esto, aún lactante, comenzaba a mostrarlo en sus costumbres; todos los que lo veían, lo amaban mucho; porque dondequiera que hay benevolencia en un hombre, los deseos de los hombres se encienden hacia el amor de él, como el rocío cae sobre el grano para su verdor. Así, cuando el niño Roberto tenía siete años, deseaba aprender las letras, en las cuales su madre lo hacía instruir; pero no quería ser clérigo, sino que su madre disponía que fuera duque de su provincia y defensor de las Iglesias en lugar de su padre. Él, sin embargo, por la gracia del Espíritu Santo, era misericordioso con los pobres, lo cual es el ministerio y sustento de la benevolencia, como las entrañas que sirven al hombre lo contienen. Pues según las costumbres de los niños, dondequiera que encontraba niños pobres, los presentaba a su madre, diciendo: "Madre, he aquí tus hijos." Este acto, ella lo recibía con benevolencia, respondiéndole: "Hijo mío, son tus hermanos." Y mientras era criado de manera adecuada y honesta, creciendo en edad y sabiduría ante Dios y los hombres, llegó a la juventud, educado en santas costumbres y virtudes, ungido con el óleo de la santidad, como David, con el óleo de la alegría sobre sus compañeros (Salmo 44, 8), y despreciando con todo el esfuerzo de su mente la gloria de todo el mundo, aunque corporalmente parecía tenerla ante los hombres. Pues vivía santamente en buenas costumbres, frecuentaba asiduamente la iglesia con piadosas oraciones, y lo que se enseñaba en los sagrados volúmenes lo encomendaba a su piadosa memoria con devoto estudio.

5. Cuando llegó a su duodécimo año de vida, su madre le dijo: «Hijo mío, dado que poseemos muchas riquezas y bienes, hagamos un oráculo en honor de Dios y para la salvación de nuestras almas.» A lo que él respondió: «No, madre mía, sino que primero atendamos lo que dice el Evangelio; y el profeta dice: Parte tu pan con el hambriento, y a los pobres y vagabundos llévalos a tu casa (Isa. LVIII, 7). Y de nuevo: Cuando veas a un desnudo, cúbrelo, y no desprecies a tu propia carne (ibid.).» Al escuchar esto, su madre se alegró mucho, porque su hijo le había dado un consejo tan sano. Pues por el Espíritu Santo, buenos y santos deseos sudaban en el alma de aquel joven, como bálsamo: y en silencio reflexionaba sobre cómo podrían llevarse a cabo las cosas que había dicho, y así se dormía. Por lo cual, por la admonición del Espíritu Santo, vio en sueños a un anciano, que teniendo un rostro hermoso, lavaba a unos niños en agua clara, y luego los conducía a un huerto, lleno de toda clase de flores y árboles, y lleno del aroma de todas las especias, vistiéndolos con una vestidura blanquísima. Y el Beato Roberto, atraído por la belleza de aquel lugar, dijo al anciano: «Aquí quiero quedarme.» A lo que el anciano respondió: «Aquí no permanecerás ahora, porque te prepararás una escalera fructífera al cielo, donde serás compañero de los ángeles. Por lo tanto, no descuides completar lo que has dispuesto para los pobres, para que por el alimento y el vestido de ellos te alimentes del alimento de la vida; y te vistas con la vestidura de la que Adán fue despojado por la desobediencia; y hecho peregrino de mente al mundo, elijas la mejor parte para ti.» Pero después de que el bendito niño Roberto despertó, contó a su madre lo que había visto en sueños. Por lo cual ella, muy gozosa, doblando sus rodillas ante el Señor, oraba diciendo: Oh Señor Dios mío, cumplirás mi deseo en mi hijo. Y luego, tanto la madre como su hijo, construyendo algunas moradas de casas junto a la orilla de aguas fluyentes, allí conservaban a los pobres y desnudos: a quienes también proporcionaban alimento y vestido por medio de dos hombres fieles y santos; uno de los cuales, llamado Wigberto, les servía en el sacerdocio; y el otro, siendo uno de sus servidores, era indocto. El mismo Beato Roberto, olvidando su tierna edad y nobleza por amor a Cristo, lavó muchas veces los pies de los pobres, les sirvió comida y bebida, y a menudo les preparó camas, y así sirvió fielmente a Dios hasta su decimoquinto año de vida. CAPÍTULO II. Peregrinación a Roma. Deliberación sobre el estado de vida.

6. Y dado que en la pompa del mundo sobresalía por muchas riquezas y familia, por las cuales veía que era atraído al mundo; finalmente comenzó a considerar cómo el Beato Alejo dejó a su padre y madre, casa y riquezas del mundo peregrinando; y decidió imitarlo en esto, para poder servir a Dios con mayor libertad en tranquilidad. Lo que su madre, sintiéndolo por ciertos indicios en él, aunque él se lo ocultaba, le decía con lágrimas: Hijo, recuerda el dolor de las entrañas maternas, y atiende los gemidos de tu madre viuda, y mira a tu familia que confía solo en ti, y prevé que no nos traigas una miseria intolerable: pues de nuestros bienes podrás distribuir a los pobres y necesitados y a todos los indigentes, según te plazca. ¿Y qué te es mejor y más útil que servir así a Dios? Mientras su madre hablaba con muchas lágrimas y gemidos, este bendito joven se turbó mucho en su corazón. En ese mismo tiempo, algunos nobles, tanto de extraños como de sus parientes, venían a él, diciendo: «Tú que tienes tanto honor de ducado y tantas riquezas del mundo, ¿por qué te haces tan despreciable?» Con estas y otras palabras similares lo laceraban diariamente, intentando ver si podían apartarlo de su buen propósito y de su buen camino. Viendo esto, decía a su madre: «He aquí, por la sugerencia del diablo, que envidia mi propósito y mi vida, seré atrapado e implicado en el mundo, y seguiré las vías de mi padre aunque no quiera: pues deseaba la peregrinación para poder servir a Dios con mayor libertad.» Al oír esto, su madre, que había puesto toda su esperanza en Dios, angustiada y agobiada por el temor, temía que su hijo, atraído por la nobleza de su linaje, se implicara en el mundo: y prefiriendo carecer de heredero a que su hijo, enredado en los lazos seculares, sirviera al diablo, le decía, tanto como el dolor le

permitía: «Hijo, ya que veo que, turbado por muchos consejos, eres arrastrado inconvenientemente al mundo; haz lo que quieras, y emprende la peregrinación que tanto has deseado; y aquel a quien se dijo: Tú solo eres peregrino en Jerusalén (Luc. XXIV, 18), esté en tu camino, y te devuelva a mí sano y salvo para la gloria de su nombre.» Y él, con el consentimiento de su madre, emprendió la peregrinación, y se dirigió a las tumbas de los santos apóstoles Pedro y Pablo con algunos de sus hombres. Cuando los hombres de aquella región lo vieron, se maravillaron de él, diciéndose unos a otros: Verdaderamente este hombre es noble; pues su rostro, que aparecía claro, resplandecía en benevolencia, porque la gracia del Espíritu Santo lo había inundado: por lo cual todos los que lo miraban, lo amaban en el abrazo de la caridad. Pues, así como una estrella brilla y es clara sin nube; así también en el rostro del hombre se percibe la benevolencia, porque ese mismo hombre está en la buena costumbre del Espíritu Santo. Y mientras el Beato Roberto se encomendaba diariamente a Dios y a los méritos de los santos apóstoles Pedro y Pablo, permaneció allí por algún tiempo.

7. Mientras permanecía allí, fue interrogado por algunos hombres religiosos de esa región sobre qué tipo de vida o deseo tenía: a quienes él les reveló todo lo que tenía en su corazón. Y ellos le aconsejaron que atendiera este Evangelio, donde está escrito: Ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y ven, sígueme (Mat. XIX, 21); porque la peregrinación le sería buena y útil, para que las riquezas de la nobleza no lo llevaran a la perdición. Él se sometió a su consejo, y deliberó en su mente hacerlo así. Finalmente, regresó a su madre, y en su propiedad, que era muy extensa, hizo construir villas e iglesias donde no las había, y las distribuyó entre sus hombres; para que permaneciendo allí, sirvieran a su madre mientras vivieran, y asistieran a todos los que llegaran y estuvieran en necesidad. Él mismo pensaba en dejar el ducado, a su madre, su familia y posesiones, y todo lo que tenía, y hacerse peregrino por el nombre de Cristo. La posesión de sus propiedades, que había poseído por derecho hereditario tanto de su padre como de su madre y de los demás antepasados, se extendía desde el lugar donde están depositadas sus reliquias; es decir, donde el río Naha desemboca en el Rin, subiendo por la ribera del Rin hasta el río Selsa; y luego cruzaba a otros dos ríos, el primero llamado Wiza, el segundo Apsa; y allí subía más allá del pequeño río Naham llamado Elram, que allí es el medio de tres ríos del mismo nombre; y de allí se dirigía al río Simeram, y luego se curvaba a través del bosque Sane, donde el río llamado Heienbach se vierte en el Rin.

8. La residencia, tanto del Beato Roberto como de su madre, en ese tiempo, debido a la suavidad de las aguas fluyentes, estaba en el mismo lugar donde ahora están depositadas sus reliquias. La ciudad de ellos, situada allí y fortificada con edificios muy fuertes, se extendía por toda la llanura adyacente hasta la base de la montaña cercana y hasta la ribera del Rin. Pero en la otra parte del río Naha había una aldea, donde estaban las moradas de sus siervos y pescadores, y los establos de sus caballos, y los graneros donde se almacenaba su grano, y las prensas donde se exprimía su vino. En esos mismos lugares había mayor celebridad y mayor abundancia de riquezas y de todas las dignidades seculares en ese tiempo que en otras ciudades de la misma región; porque allí se frecuentaba continuamente la concurrencia y el tránsito de muchas personas de diversas provincias.

9. Finalmente, cuando el Beato Roberto alcanzó la edad juvenil, es decir, cuando ya tenía casi veinte años, muchos de sus parientes y servidores lo arrastraban, aunque él se resistía, al placer del mundo. A quienes él, porque ardía totalmente en el amor de Dios, los repelía de sí con palabras piadosas y convenientes, porque Dios, que conoce todas las cosas tanto futuras como pasadas y presentes, había previsto otra cosa en él. Pues, mientras el mismo bendito, como un árbol lleno de frutos, era de naturaleza tan rica y elegante, que su mente, por la generosidad y las riquezas del mundo, podía fácilmente ser pervertida en contrariedad de los

bienes, y secarse en santidad (como a menudo sucede en algunos hombres, que comenzaron buenas obras, en las cuales después se secaron) Dios lo llevó a sí mismo. Finalmente, la madre de este bendito joven Roberto, mientras servía devotamente a Dios en la continencia de la viudez con buenas y santas obras, vio en sueño por revelación divina, que una costilla caía de su lado; por lo cual muy aterrada, soportó frecuentes gemidos y suspiros de su corazón, como se hizo evidente después de no mucho tiempo. Pues su hijo el Beato Roberto, mientras estaba en la intención de devoción que había prometido a Dios, para que la cumpliera, comenzó a enfermarse de grandes fiebres.

10. En esa enfermedad, el anciano que había visto en sueños anteriormente, se le apareció, diciendo: «Yo soy el Anciano de Días, que aparecí a Daniel en visión nocturna; y ahora también me manifiesto a ti, y te llamo a la gloria de la bienaventuranza infinita; porque por el huerto que te mostré en visión, te premostré verdaderamente las buenas y santas obras que ahora has completado.» Al despertar del sueño, aterrorizado por la tristeza y el miedo, porque habría querido completar lo que había prometido a Dios en sus deseos, contó a su madre lo que había visto. Pero ella, inmediatamente golpeada por un gran dolor, cuántos gemidos y cuántos lamentos emitió al escuchar esto, puede ser comprendido por cualquiera que haya pasado por algo similar. Así que cuando este bendito estuvo enfermo durante treinta días en la mencionada enfermedad, en el vigésimo año de su vida, Dios lo llevó de esta vida, en buena confesión y en el temor de Dios: para que si llegara a la edad adulta, no siguiera las vías de su padre; porque quien todo lo sabe, previó que así le convenía. Pues Dios lo previno, y lo retiró de esta vida resplandeciente en inocencia. En el oratorio que él y su madre habían construido sobre el río Naha en su mencionada propiedad, fue sepultado con gran concurrencia de pueblos de toda la región: algunos llorando por él, porque fue arrebatado de la vida presente inmaduro; otros alegrándose por él, porque por los milagros que Dios hizo allí por él, toda aquella región fue iluminada, como el día por el sol. Pues durante ocho años Dios hizo muchos signos y milagros, por los méritos de este su amado, en el mencionado lugar en enfermos, cojos y cautivos; de modo que todos los que eran afligidos en tribulaciones, viniendo a su sepulcro, fueron liberados por la gracia de Dios.

11. La Beata Berta, viuda elegida por Dios, después de la feliz muerte de su hijo, llevó desde entonces una vida santa en gran contrición de su corazón; y ofreció todo lo que tenía al sepulcro de su hijo para el servicio de Dios: y proporcionó plenamente de estas cosas todo lo necesario a la congregación de hermanos que allí servían a Dios en lo divino. Pues después del fin de su hijo, viviendo en toda bondad de ayunos, limosnas y oraciones durante casi veinticinco años, consumió muchos trabajos por amor a Dios piadosa y justamente; y luego, afectada por una enfermedad corporal, devolvió a Dios el espíritu, que siempre había fijado en deseos celestiales, y fue sepultada en paz, en el sepulcro de su hijo, en su mencionada propiedad, honoríficamente.

12. Después de su muerte, el mencionado lugar permaneció en honor de santidad y en paz de tranquilidad hasta la tiranía de los normandos. Pues algunos años después del feliz tránsito de esta beata Berta, la gente de los normandos, saliendo de sus tierras, devastó por juicio divino muchas ciudades alrededor de las corrientes del Rin: también destruyó Tréveris, y así avanzando llegó a la ciudad de Roboldo, padre del Beato Roberto, donde el río Naha se mezcla con el Rin, de lo cual se ha dicho antes, reduciendo también esta a la nada por ruina e incendio. Hecho esto, cuando estos hombres impíos finalmente fueron golpeados, depusieron su ferocidad, y regresaron a sus tierras; los habitantes del mencionado lugar, que habían sobrevivido, y que habían sido dispersados por diversos escondites, regresando, y viendo su ciudad destruida, construyeron otras moradas para sí mismos en la otra parte del río Naha, por la defensa de los ríos que corrían y de las montañas adyacentes: y todo lo que podían

llevar en maderas y piedras, en cimientos desechados y en otros utensilios, del mencionado lugar destruido, lo transportaban a la otra ribera del Naha para habitar allí. Y así el lugar anterior, que antes florecía con la frecuencia de pueblos, la altura de los edificios, la amplitud de las riquezas, fue desolado, y por los tiempos siguientes llevado a mayor desolación. Por lo cual también todas las propiedades que el Beato Roberto poseía por derecho hereditario, fueron dispersadas por extraños y diversos hombres en contrariedad de disolución, y nada de ellas permaneció intacto, excepto la iglesia, en la cual el mismo elegido de Dios, como se ha dicho antes, junto con su madre descansó, la cual también ha perdurado hasta nuestros tiempos: tanto que la hemos visto con nuestros ojos, cuando por la demostración de Dios llegamos a ese lugar: y excepto por algunas pocas viñas pertenecientes a la misma iglesia, que compramos por precio al señor Hermano, obispo de Hildesheim, y a su hermano, un noble hombre llamado Bernardo, por medio de nosotros.

TESTIMONIO AUTÉNTICO DE ALGUNAS RELIQUIAS TRASLADADAS.

Nos, Juan Suicardo de Cronbeg, escolástico de la insigne iglesia metropolitana de Maguncia y prelado de San Albano, vicario general en asuntos espirituales del reverendísimo e ilustrísimo en Cristo Padre y señor, D. Wolfgang, arzobispo de la santa sede de Maguncia, archicanciller del Sagrado Imperio Romano por Alemania, príncipe elector, y comisionado especialmente designado por el mismo para los asuntos abajo mencionados, hacemos saber y deseamos que sea conocido por todos y cada uno a quienes lleguen estas nuestras cartas, después de nuestros debidos y prontos servicios y obediencias, cómo los reverendísimos y serenísimos Señores y Príncipes, D. Felipe, por la gracia de Dios, obispo de Ratisbona, y Fernando, prelado de Estrasburgo, condes palatinos del Rin y duques de ambas Bavarias, después de haber completado su residencia en esta nuestra ciudad metropolitana e iglesia, según los estatutos y costumbres de la misma, no sin un claro ejemplo de virtudes y religión, cuando decidieron partir de aquí hacia los sagrados umbrales de los apóstoles, solicitaron con ardiente piedad y afecto, debido a su devoción hacia Dios y sus santos, cuya memoria es bendita, que antes de partir de nuestra iglesia y diócesis, se les permitiera visitar con veneración los lugares sagrados y monasterios, y llevar consigo algunas de las sagradas reliquias con el gracioso consentimiento de Su Alteza. Deseando Su Alteza gratificar su loable celo y piedad, nos encomendó con un mandato especial que, satisfaciendo sus piadosos deseos, lleváramos a cabo su petición lo antes posible. Cumpliendo con nuestro deber de obediencia, convocamos al reverendo Vito Mileto, doctor en sagrada teología y prelado de San Mauricio en este lugar, y junto con el reverendo y eminente señor Quirino Leonino, licenciado en la misma sagrada teología, canónigo de la catedral de Ratisbona, teólogo y moderador de los serenísimos príncipes, los enviamos a las iglesias y lugares sagrados circundantes con cartas y mandatos en nombre del vicariato y comisariado, otorgándoles plena potestad para investigar, abrir, examinar las sagradas reliquias en los archivos y relicarios con la debida reverencia, y reportar a nosotros sobre las mismas en el temor del Señor, según lo que consideraran apropiado para la discreción y religión. Cumpliendo diligentemente con la tarea encomendada, después de una cuidadosa inspección e información, nos trajeron estas reliquias de la abadía de las vírgenes del monte de San Roberto, vulgarmente Rupersberg, de la orden de San Benito, cerca de la ciudad de Bingen, a saber, dos costillas de San Roberto, hijo del difunto Roboaldo, conde palatino del Rin, de Berta, duquesa de Austrasia y Lorena, aún con carne; además, otros tres huesos largos del mismo; también de la espina dorsal aún con carne; además, un diente de su cabeza, del mentón superior bajo el ojo derecho; además, tres huesos de Santa Hildegarda, quien fue abadesa allí, una virgen nobilísima y religiosísima, llena de espíritu profético, que escribió una obra epistolar bellísima sobre sus visiones o revelaciones, en tiempos de San Bernardo y

el papa Eugenio III, libros que Eugenio IV aprobó y confirmó; su natalicio se celebra el 17 de septiembre. Además, de la misma, una costilla y de su espina; además, dos huesos de Santa Berta, madre de San Roberto, duquesa de Austrasia y Lorena; además, la garganta con otra partícula de Santa Satiria, virgen y mártir. Recibiendo y besando con la debida reverencia estas sagradas reliquias, después de haber recibido de los señores subcomisarios un solemne juramento de que las encontraron y comprobaron en los lugares debidos, archivos y relicarios, como verdaderas, ciertas e indudables sagradas reliquias, desde antiguo y más allá de la memoria humana, siempre y en todas partes reverentemente tenidas y veneradas por todos los verdaderos cristianos ortodoxos católicos, y que no raramente antes de esto fueron comunicadas y transmitidas por los arzobispos de Maguncia a los reyes y príncipes supremos, de buena fe, de modo que ningún verdadero cristiano pueda o deba dudar de su autenticidad y veracidad. Con la reverencia y humildad que correspondía, en nombre y por parte de nuestro reverendísimo e ilustrísimo señor arzobispo y príncipe elector de Maguncia, entregamos a los serenísimos príncipes, durante la celebración de la santa misa, junto con muchas otras reliquias no insertas en este instrumento, en presencia de un notario y testigos especialmente requeridos para esto, en el nombre de Dios, para la gloria de Él y de todos sus santos: rogando humildemente y de corazón a Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, con quien todos los santos viven y reinan felizmente, que este servicio de nuestra servidumbre, por humilde que sea, les sirva para gloria y honor, y a sus serenidades y a nosotros todos, por su intercesión, para la salvación eterna. Amén. En fe de todo y cada uno de estos, quisimos que se hicieran estas presentes, suscribiéndolas de nuestra propia mano, y sellándolas con los sellos de nuestro vicariato y de la abadesa y convento del mencionado monasterio.

Estos actos se realizaron en la ciudad metropolitana de Maguncia, en la capilla de la corte de los serenísimos príncipes, en el año mil quinientos noventa y dos del nacimiento de Cristo, el día 10 del mes de agosto, en el primer año del pontificado de nuestro Santo Padre el Señor Clemente VIII, estando presentes allí los reverendos, nobles, magníficos y eminentes señores, D. Adolfo Wolff, llamado Metternich, canónigo de Espira y prelado de San Andrés de Worms, prefecto de la corte de los mencionados príncipes; D. Aetherio Hoffmant, doctor en sagrada teología, decano y cantor de las iglesias colegiadas de la Virgen a los Grados y de San Pedro fuera de los muros de Maguncia, rector de la Universidad de Maguncia por el tiempo; D. Baltasar Bafer de Holobus, camarero de los mencionados príncipes, D. Juan Hager de Baviera, capellán de los príncipes, especialmente requeridos y convocados para lo anterior. Todo lo cual, en el lugar y día ya mencionados, alrededor de la séptima hora de la mañana, después de la celebración del oficio sagrado de la misa, con las reliquias colocadas sobre el altar, devotamente llevado a cabo por los comisarios designados del reverendo arzobispo de Maguncia, aún presentes allí, tocando primero los santos Evangelios de Dios, según el tenor de las cartas dadas, fue dicho, hecho, actuado y entregado verdaderamente y legítimamente, yo, Jorge Molitoris, notario público, y secretario jurado del capítulo de la iglesia mayor de Maguncia, junto con los testigos arriba mencionados, especialmente requeridos de nuevo para esto, en testimonio evidente de la verdad, con esta suscripción de mi propia mano y el sello notarial habitual en el margen, atestiguo ante todos y cada uno.

LUGAR DE LOS SELLOS.